



EL CARÁCTER AUTOBIOGRÁFICO DE LA POESÍA DE TORRES VILLARROEL

Renata GONZÁLEZ VERDASCO
Universidad de Oviedo (España)
renatagv77@gmail.com

Recibido: 31 de enero de 2023
Aceptado: 19 de marzo de 2023
<https://doi.org/10.14603/10C2023>

RESUMEN:

Toda la obra de Diego de Torres Villarroel tiene un marcado carácter autobiográfico, del cual su poesía es partícipe. Sus *Juguets de Talía* están cargados de alusiones a episodios de su vida, a sus experiencias o anécdotas personales, a personajes de su época, a sucesos históricos, etc. Prácticamente en todas sus composiciones poéticas aparecerán referencias a sí mismo, hasta el punto de que se podría afirmar que el principal tema de su poesía es el propio personaje Torres. Su vida es una «vida para contar» y su poesía, al igual que el resto de su producción, parte también de ese deseo de «contarse».

PALABRAS CLAVE:

Diego de Torres Villarroel; marcas autobiográficas; poesía.

ARTENUEVO

Revista de Estudios Áureos

Número 10 (2023) / ISSN: 2297-2692

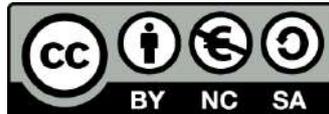
AUTOBIOGRAPHICAL TRAITS
IN TORRES VILLARROEL'S POETRY

ABSTRACT:

All of Diego de Torres Villarroel's work has a decided autobiographical character, including his poetry. His *Juguete de Talía* are filled with allusions to episodes in his life, to his personal experience and anecdotes, to people from his time, to historical events, etc. Practically all his poetic works have references to himself, to the extent that we could sustain that the main subject of his work is the very character of Torres. His life is a «life to be told», and his poetry, like the rest of his production, is also marked by that desire to «tell itself».

KEYWORDS:

Diego de Torres Villarroel; Autobiographical Traits; Poetry.



Si hay una «vida para contar» esa es sin duda la de Diego de Torres Villarroel¹. Su vida ha sido contada, por sí mismo, una y otra vez, en las páginas de sus libros en prosa, pero también en su producción poética, recogida principalmente en los tomos VII y VIII de sus obras completas, con el título de *Juguetes de Talía. Entretenimientos del Numen. Varias Poesías*².

En estos dos volúmenes están recopiladas un total de 264 composiciones (205 en el tomo VII y 59 en el tomo VIII), escritas en metros muy variados (sonetos, seguidillas, romances, octavas, décimas, quintillas, redondillas, endechas, liras o villancicos), de muy diferente extensión (desde los ocho versos de su octava *A la brevedad de la vida, de repente* hasta los setecientos setenta y cuatro versos del romance *Armazón contra los pronósticos en ristre*) y de asuntos muy diversos (morales, satíricos, amorosos, religiosos, etc.), y en la mayoría de los versos de este corpus poético tan heterogéneo, encontramos a Torres Villarroel hablando de sí mismo.

En palabras de Guy Mercadier, «para Diego, más que para cualquier escritor, tomar la pluma es contemplarse en el espejo. En las obras más ajenas al género autobiográfico, como las hagiografías, los opúsculos de teología moral o de divulgación científica, abundan trozos a veces extensos que aportan informaciones de suma importancia» (1987: 21). Si esto es así en el resto de su producción, no podía ser de otra manera en su poesía. Torres se pasea por la mayoría de sus poemas contando episodios de su vida, expresando sus opiniones, manifestando sus sentimientos, autorretratándose, elogiándose, defendiéndose o autocensurándose, hasta el punto de que se podría afirmar que el tema principal de su obra en general y el de su poesía en particular es el relato de sí mismo. Su obra es «una obra en apariencia abigarrada y heterogénea, pues le confiere unidad un yo omnipresente

¹ Torres Villarroel es considerado como un precursor y modelo válido del género autobiográfico. Torres conseguiría institucionalizar «en la España del XVIII la posibilidad de que personas comunes que no eran profesionales de la literatura ni grandes personajes públicos escribiesen sus autobiografías y estas fuesen aceptadas por el público [...]» (Durán, 2005: 24).

² *Juguetes de Talía*, que no deja de ser una recopilación de varios libros de poemas publicados con anterioridad, aparece publicado como tal por primera vez en Salamanca, por Antonio Villarroel en 1738. Otras ediciones posteriores son la de Sevilla (tomo segundo), en la imprenta de López de Haro en 1744 y la que está incluida en sus obras completas, impresas primero en Salamanca, A. Villagordo y P. Ortiz Gómez, en 1752 y después en Madrid, Imprenta de la Viuda de Ibarra, 1795. La edición que tomamos como referencia para los ejemplos de poemas citados es esta última, tomos VII y VIII, y la paginación señalada remitirá siempre a esta edición.

dotado, aún en su complejidad, de una coherente visión del mundo y del hombre» (Pérez López, 2005: 20-21). En cada una de las composiciones de sus *Juguete de Talía* es palpable la presencia de ese yo que se manifiesta como un reflejo o espejo del yo del autor y que se convierte en el tema que aglutina a todos los demás.

En efecto, el yo literario está basado en el propio Torres Villarroel y con él guarda una indudable relación de semejanza, aunque no siempre será un fiel reflejo de la vida o de la verdadera personalidad del autor. Su incomprobado y dudoso anecdotario (sacristán de ermitaño, curandero, bailarín, soldado, desertor, acompañante de una cuadrilla de toreros...) ha marcado indeleblemente su imagen folclórica, que tan frecuentemente ha suplantado su auténtica personalidad como escritor (Pérez López, 2005). El propio Torres será el principal responsable de difundir esa apariencia díscola, aventurera y extravagante, recreándose en el relato de los episodios más picarescos y humorísticos de su vida y omitiendo los más serios, los más afortunados o los que sabía que no le reportarían tanta popularidad³. Especialmente esto es así en lo que se refiere a su faceta de astrólogo, el oficio con el que prefería identificarse y que antepondría a todos los demás.

Poco sabemos del escritor y demasiado del personaje. Torres ha hablado tanto de sí mismo en su obra que prácticamente todo lo que conocemos de él lo sabemos porque él nos lo ha contado. En cierta medida, el personaje literario ha eclipsado al personaje histórico. Según Mercadier, «Comme Don Quichotte, Diego est fils de ses oeuvres» (1983: 14). En efecto, su vida es una vida contada, contada una y otra vez a través de sus obras, con su autobiografía incluida, y contada también en sus *Juguete de Talía*. En sus poemas encontramos continuamente retazos de su vida, anécdotas verificables en su biografía, o episodios coincidentes con otros textos autobiográficos, en una obra en la que la intertextualidad juega un papel tan importante⁴. Cualquier tipo de composición o cualquier asunto le servirán de excusa para hablar de sí mismo, desde un soneto moral o amoroso hasta un género

³ En sus numerosos textos autobiográficos, se autorretrata una y otra vez como aventurero, famoso astrólogo y escritor de almanaques pero no hay referencias, por ejemplo, a su faceta de hagiógrafo (escribió dos vidas de santos), a su labor como editor de poetas de su tiempo (editó las *Obras póstumas poéticas, con la Burromaquia* de Gabriel Álvarez de Toledo), a sus intentos fallidos por entrar a formar parte de la Real Academia Española o a las relaciones de sociabilidad que mantenía con altos cargos de la corte, incluido el monarca.

⁴ Experiencias vitales como la larga enfermedad que le tuvo postrado en su cuarto durante casi un año, y que resultó ser una apoplejía, es relatada en la *Vida* (1987: 202-220) y es coincidente, en muchos aspectos, con la enfermedad que describe en el romance *Estando de purga, escribió a un amigo este* (VIII: 135-138), por lo que, basándonos en la relación entre los textos, deducimos que parte de un episodio real de su vida, aunque sea difícil corroborarlo.

tan alejado de la autobiografía como pueda ser un villancico de Navidad (en uno de sus villancicos, unos pastores se reúnen alrededor de una hoguera para hablar de los pronósticos de Torres), pasando por las composiciones en las que se dirige a una dama para felicitarle su cumpleaños y donde en realidad termina relatando experiencias de su vida.

Entre los más de doscientos poemas que componen los volúmenes VII y VIII de sus obras completas, alrededor de la mitad contienen alguna referencia a su persona. Por ejemplo, entre los 57 *Sonetos Morales*, de carácter satírico-crítico, hallamos 38 sonetos en los que se introduce alguna anécdota personal o en los que está presente el personaje Torres. Entre los 62 sonetos recogidos en la serie de *Sonetos Amorosos*, 46 parten del yo literario y en ellos no solo se reflejan las emociones o los sentimientos propios del género lírico, sino que le sirven de marco para relatar vivencias personales o para desviar la atención hacia sí mismo.

Aunque aplicar el término de autobiografía al género poético pueda resultar controvertido⁵, no lo parece así en el caso de Torres Villarroel, ya que los límites entre poesía y relato quedan muy difuminados en su obra. De hecho, en la mayor parte de sus poemas, se podrían encontrar los elementos básicos de toda autobiografía: un autor, un «hablante del poema» (que equivaldría a la figura del narrador en la prosa) y un personaje principal. Mercadier, siguiendo a Philippe Lejeune, señala que «en esta doble igualdad: autor = narrador = personaje principal, reside el criterio absoluto de todo autodiscurso, dependa o no de la autobiografía *stricto sensu*» (1978).

Además, en todo relato autobiográfico, se necesita una contextualización de los hechos, es decir, un espacio y un tiempo concretos donde situar la acción. En el análisis de los poemas autobiográficos de Torres se puede apreciar que parten generalmente de una situación específica, enmarcada en un lugar y en un momento determinados de su biografía, y que en ellos aparecen personajes históricos de la época o de siglos pasados, como reyes o nobles ilustres, célebres autores o simplemente conocidos suyos, como familiares o amigos, contribuyendo todo ello a dar verosimilitud al relato. Asimismo, en los *Juguetes de Talía*, no solamente hay que tener en cuenta los poemas propiamente dichos, sino que los paratextos en prosa

⁵ Fernando Durán, en su estudio sobre la autobiografía moderna, plantea el problema de establecer los criterios para definir la autobiografía y el inconveniente «de extender los límites del concepto hasta abarcar cualquier cosa», desde «los *Ensayos* de Montaigne» hasta «la poesía lírica de cualquier escritor» (2005: 29). Aun tratándose de poesía lírica, no se trata en este caso de cualquier escritor, sino de Torres Villarroel, cuya *Vida* está entre los primeros relatos literarios de carácter autobiográfico.

que los rodean desempeñan también un papel destacado. En efecto, los títulos que introducen cada composición, los prólogos al lector o las dedicatorias se convierten en auténticos despliegues de autobiografismo.

En este sentido, los paratextos que funcionan como título son, en su mayoría, muy largos y descriptivos, y aportan datos muy concretos que permiten situar la acción en un momento y en un lugar específicos, al mismo tiempo que constituyen una explicación aclaratoria del contenido del poema. Por ejemplo, entre los *Sonetos morales*, se halla este largo título, donde Torres se sirve de una anécdota personal (el robo que sufrió en un mesón) para, a partir de ella, manifestar su crítica satírica contra la justicia: *Habiéndole robado en un mesón, dando querrela ante la justicia, más importó lo que dejó en poder de ministros que lo robado, a cuyo fin hizo este* (VII: 4). Incluso, en los títulos de ciertas composiciones, el contenido autobiográfico se desarrolla de forma más amplia y elocuente que en el propio poema, como en este paratexto que precede a una de sus décimas: *Dando chasco al autor, que estaba triste en una tertulia de amigos, porque no había bajado a la conversación una señora que vivía en el cuarto más arriba, le mandaron que dijese en una décima la causa de su tristeza, y dijo con prontitud la siguiente* (VII: 326). Algunos títulos son tan explícitos que en ellos se nos ofrecen sucesos que se pueden verificar en su biografía, como la censura de la que fue objeto su pronóstico del año 1726 o la publicación de unas glosas suyas, que resultaron premiadas, en el libro *Sagradas flores del Parnaso* en 1722:

Con ocasión de tener ya escrito el Piscator del año de 1726, y haber sacado el Hospital de Madrid un privilegio para que no se imprima, escribe a su alteza el señor don Carlos, para que permita que se imprima en su cuarto, donde tiene por diversión una imprenta. (VII: 24)

Habiendo acompañado los católicos monarcas Felipe V y la reina nuestra señora doña Isabel Farnesio (que Dios guarde) al Santísimo Sacramento que se iba a dar por viático a una vieja enferma, se propuso y ofreció un premio de un juego de libros a quien mejor glosase la siguiente quintilla, y se le dio al autor, como consta más largamente en el libro que, de todas las glosas de los ingenios que escribieron, se imprimió con el título de *Sagradas flores del Parnaso* el día 28 de noviembre de 1722. (VII: 305)

La creación de una escena situada en el espacio y en el tiempo, que comienza en el título, continúa a veces en el cuerpo del poema. Muchas de las

composiciones de *Juguetes de Talía* contienen referencias espacio temporales con las que Torres nos remite a su vida extratextual. Como si de un diario se tratase, varios poemas especifican dónde y cuándo ocurrió la anécdota que se va a contar. Un ejemplo lo encontramos en estos versos de uno de sus *Sonetos morales*:

Un mes ha que vine al Escorial,
segunda maravilla de Babel,
corriendo de palacio hasta el cuartel,
en busca de un perdido memorial. (VII: 15)

En una de sus Liras, el emplazamiento de la situación que aparece en el título (*Escribe a una dama desde un convento de Capuchinos, donde se recogió a enjugar de una gran lluvia y aire que le cogió en el camino: iba en una mula del coche de la excelentísima señora condesa de los Arcos*), prosigue en los primeros versos de la composición:

Después que de tus ojos
recibí el buen viaje, vida mía,
triste y lleno de enojos,
iba camino de la sierra fría
remando por las toscas, bastas breñas,
dejándote allá el alma por más señas. (VII: 214)

Por otra parte, la poesía de Torres tiene un marcado tono conversacional, entre un yo emisor y un tú destinatario, que la acerca a la poesía de la experiencia⁶. En ella se puede encontrar el esquema principal de todo discurso sobre uno mismo: «un yo, un tú, y entre ambos, en sentido único, [la] intención de influenciar» (Mercadier, 1978: 9-10). Como en un monólogo dramático, los poemas de Torres van siempre dirigidos a alguien, a un interlocutor, muchas veces explícito, del que a menudo se da el nombre y el apellido, que se presenta como conocido por el autor y con el que simula entablar una conversación. Para Robert Langbaum (1957), el monólogo dramático debe tener no solo un hablante que se presenta como distinto del

⁶ Entendida en el sentido amplio del término empleado por Robert Langbaum en su obra *The Poetry of Experience. The Dramatic Monologue in Modern Literary Tradition*, como una poesía que parte de una experiencia vivencial, de carácter personal, donde intervienen personajes y anécdotas procedentes de la vida cotidiana del poeta, pero en la que la identidad entre el «yo» textual y el «yo» extraliterario es solamente superficial: «Even if the “I” bears the name, character and personal concerns of the poet, the identity is only superficial» (Langbaum, 1957: 231).

poeta, sino también un oyente, una ocasión y alguna interrelación entre el hablante y el oyente.⁷ Todos estos aspectos se pueden encontrar en la poesía de Torres.

En efecto, Torres⁸ parece estar siempre «hablando» con un receptor específico, que escucharía o que leería el poema, mientras que los lectores pasaríamos a ser meros testigos de una especie de conversación privada. Los destinatarios de sus versos suelen ser familiares, amigos, actrices, nobles, personajes ilustres de la época, pero también médicos, jueces, poetas, etc. Entre los nombres propios que se citan en los títulos de los poemas están los de doña María Joaquina de Morales (VII: 8, 138, 146, 149, 165, 206, 208, 209; VIII: 128); doña Ángela de Fuentes (VII: 155); doña Teresa de Salazar, su ahijada (VII: 204); su hermana doña Josefa (VII: 8, 51); la condesa de los Arcos (VII: 214); la marquesa de Castrillo (VIII: 176, 180, 182); el marqués de Almarza (VII: 17, 18, 259, 288; VIII: 138); la marquesa de Almarza (VII: 18, 27; VIII: 138); o su amigo don Juan de Salazar (VII: 169, 184).

Una buena muestra del tono conversacional de su poesía la tenemos en el soneto *Habla con don Francisco de Quevedo en las Sátiras a los cornudos*, donde, recurriendo a un lenguaje muy expresivo y como si realmente lo tuviera delante, se dirige al poeta conceptista para hacerle partícipe de la pérdida de los valores en la sociedad de su época y, en concreto, expresar su crítica a la práctica del chichisbeo:

¡Ah señor don Francisco! ¡Si usted viera
el mundo cómo está desde aquel día
que vino aquella tal señora mía
a cobrar en sus ansias la postrera!

¡Ay amigo! Que no lo conociera;
porque entonces, al fin, se distinguía
el animal del bruto, y así había
quien viese la función en talanquera.

Para cuatro cornudos vergonzantes,
que usted alcanzó en su siglo ya perdido,
hizo extremos y sátiras picantes.

Dé mil gracias a Dios no ser nacido,
pues si hubiera alcanzado chichisbantes,

⁷ «We are told, for example, that the dramatic monologue must have not only a speaker other than the poet, but also a listener, an occasion and some interplay between speaker and listener» (Langbaum, 1957: 76).

⁸ Siguiendo el esquema del monólogo dramático en poesía, cuando nombramos a Torres no siempre nos estaremos refiriendo al autor extraliterario, sino al personaje poético que él ha creado y que no tiene por qué identificarse con él.

antes fuera cornudo que marido. (VII: 11)

Varios ejemplos se pueden encontrar también entre los *Sonetos amorosos*, en los que el yo literario se dirige a una dama para expresarle sus sentimientos. Así es en el soneto *Responde a una dama que le llamaba por un papel* (VII: 54):

Si voy a verte es, Filis, exponernos
yo fuego y tú de nieve a derretirnos
y nos ha de pesar, que somos tiernos.
Seamos, pues, amantes sin unirnos,
que es mejor por ahora contenernos,
que no tener después que arrepentirnos.

Este juego dialógico entre el poeta y un lector conocido suyo (o que se presenta como conocido) enlaza con uno de los rasgos característicos de la poesía de finales del siglo XVII y principios del XVIII, como es la oralidad. La poesía surgía muchas veces en el ambiente festivo e informal que se desarrollaba en las academias o tertulias de los salones privados de nobles o intelectuales de la época. Se trata de un nuevo estilo de «reunirse y conversar» (Álvarez Barrientos, 2008), que propició el tono de familiaridad y elevó el asunto circunstancial o cotidiano a categoría poética. Numerosos poemas surgirían al hilo de un tema de academia y otros «servirían como glosa epistolar a regalos a los que acompañaban» (Sánchez Jiménez, 2015: 224).

El género epistolar era el cauce más apropiado para una poesía de carácter tan autobiográfico como la del salmantino. Por eso, en los *Juguete de Talía*, la mayoría de los poemas adoptan la forma de carta en los que Torres escribe a un familiar, a una dama o a un amigo, con la finalidad de felicitarles el cumpleaños, el día de su santo, relatarles un viaje, pedir un favor, enviarles un regalo, etc. En este sentido, los paratextos que introducen algunas composiciones son muy sugerentes, como se puede comprobar en el siguiente título, en el que se introduce la acción, se especifica a quién va dirigido el soneto («a la señora marquesa de Almarza») y quiénes son los personajes que en ella intervienen: *Da cuenta a la señora marquesa de Almarza y Flores-Dávila de la feliz llegada del señor marqués, su esposo, y de su familia; y pondera el sentimiento de todos en su ausencia, habiéndose muerto dos caballos en la jornada, en este* (VII: 18). En otro de los sonetos, en el que Torres escribe a una dama, se crea la ocasión propia del monólogo dramático ya que la

escena se sitúa en un lugar concreto y familiar (la casa de su hermana doña Josefa de Torres) y en un momento determinado (época de navidad): *Habiéndole pedido a una dama un traje que tenía de serrana para una pastora de un nacimiento que hizo en su casa de doña Josefa de Torres, hermana del autor, le escribió a esta dama, dándole cuenta de todo en este* (VII: 51). Además, dos composiciones, en versos romanceados, llevan explícitamente el nombre de cartas: *Carta escrita a Juan Calvo, músico de Medinaceli, habla con diferentes sujetos de aquel pueblo familiares de D. Juan de Salazar* (VII: 169) y *Carta escrita desde El Cubo de don Sancho a D. Baltasar de Herrera, beneficiado de dicho lugar, dándole aviso de las novedades de la aldea* (VII: 175).

El carácter autobiográfico de la poesía de Torres Villarroel se manifiesta también en su peculiar uso del lenguaje. El análisis léxico y morfológico de sus poemas revela la omnipresencia del yo textual en la mayor parte de sus versos, cargados de referencias gramaticales a la primera persona del singular. Para ello se sirve, principalmente, del empleo de pronombres personales, adjetivos determinativos posesivos o de la repetición de su nombre o apellido.

Así, en el romance *Escribe desde Portugal a una señora*, 22 estrofas empezarán con el pronombre personal de primera persona «yo», en un alarde de egocentrismo. Sirvan como ejemplo de esta estructura dos de esas estrofas que giran en torno al «yo» del poeta:

Yo, señora, si es que yo
decir puede un infelice,
que en la región de la nada,
muere todo lo que vive.
Yo, si a un viviente cadáver
esta voz se le permite
cuando informa, que aún respira
solamente en lo que gime. (VII: 192)

En el caso de los determinantes, es frecuente en los poemas de tema amoroso que el nombre poético de la dama vaya acompañado del posesivo de primera persona: «Filis *mía*» (VII: 35, 37, 55; VIII: 115); «*mi* Filis» (VII: 37); «*mi* Clori» (VII: 45, 46); «Teresa *mía*» (VII: 52); «*mi* Belisa» (VII: 44); «*mi* Leonora» (VII: 47); «Lesbia *mía*» (VII: 47, 49); etc. En este tipo de composiciones suele producirse un contraste entre el «tú» de la amada y el «yo» de la voz poética, intensificado por el

empleo de los determinantes de segunda y primera persona del singular, respectivamente. En el poema *A una señora en día de cumpleaños remitió este*, se acumulan los determinantes posesivos, reflejando ese contraste dialógico entre el emisor y su destinataria, al tiempo que, desde el punto de vista del contenido, sirven para expresar la antítesis entre «*mi* muerte» y «*tu* vida»:

Si donde ya *mi* pluma el alma fuera,
tu salud, dueño *mío*, eternizara,
y aunque el afecto fino me abrasara,
en ti para ser Fénix renaciera.

Mi obligación de estímulo sirviera,
y de materia *mi* fineza clara,
mi corazón te construyera el ara,
y *mi* cariño su inmortal hoguera.

Y si lograre yo de aquesta suerte
tu salud con *mi* víctima ofrecida
me arrojara al volcán con ansia fuerte.

No se viera *mi* gloria destruida,
dejando asegurada con *mi* muerte
tu vida, que de todos es la vida. (VII: 56)

En algunas ocasiones, Torres incluirá directamente su nombre en la composición. Así, en el romance *Otros días de su santo a la señora doña María Joaquina de Morales*, que consta de 31 estrofas, las 10 primeras estrofas se iniciarán con su apellido, «Torres», que le servirá a continuación para autorretratarse, siguiendo una estructura paralelística. Las siguientes estrofas empezarán por «aquel» o «este», refiriéndose de nuevo a sí mismo, para, con tono satírico, describir su mala suerte y cómo se ha visto perseguido y atacado. El poema constituye una buena muestra de cómo Torres es capaz de tergiversar cualquier asunto, en este caso la felicitación del día de su santo a la señora doña María Joaquina de Morales, para hablar de sí mismo.

Torres, aquel miserable,
desde que vive apartado
de los benignos influjos
de tus apacibles labios.

Torres, aquel que en la lucha
de poderosos contrarios

venció muchos basiliscos
tan solo con tus milagros. (VII: 166)

Recogemos a continuación una muestra de las experiencias vivenciales que con más frecuencia aparecen en los *Juguets de Talía* de Torres Villarroel, contrastándolas con los escasos datos que tenemos de su vida y relacionándolas con la visión que de ellas nos ofrece en sus textos autobiográficos en prosa⁹: ascendencia y nacimiento, desprecio de la fortuna, aborrecimiento del mundo, su oficio de astrólogo, su sonado destierro y sus viajes.

ASCENDENCIA Y NACIMIENTO

Son varias las composiciones poéticas en las que Torres, al igual que en otros textos autobiográficos en prosa, nombra a algún miembro de su familia o hace alusión a su nacimiento, crianza o, en general, a las etapas de su vida.

Como informa Guy Mercadier en el prólogo a su edición de la *Vida* (1987: 10), Diego de Torres Villarroel fue bautizado el 18 de junio de 1694 en Salamanca y era hijo de un modesto librero, Pedro de Torres, y de Manuela de Villarroel. Su padre tenía una hermana, María de Torres, y un hermano, Josef de Torres, que «murió carmelita descalzo en Indias, con opinión de escogido religioso». Su madre, Manuela, tenía tres hermanos: Nicolás de Villarroel, también librero y autor de alguna poesías, cuyo hijo, Antonio de Villarroel y Torres, se encargaría de la publicación de la mayor parte de la obra de Torres; Joseph de Villarroel, que era poeta y participaría en la Academia del Buen Gusto bajo el pseudónimo de *El Zángano*; y Francisco, cuyos nietos Isidoro Francisco y Judas Mateo Ortiz Villarroel, eran los queridos sobrinos de Torres que lo sustituirían en la cátedra de matemáticas de la universidad de Salamanca. Según relata en su *Vida*, del matrimonio entre Pedro y Manuela salieron dieciocho hijos, de los que sólo quedaban en el mundo, en el momento en que escribe la obra, sus dos hermanas, Manuela y Josefa Torres, y él mismo quien, en sus propias palabras, todavía se encontraba «medio vivo».

Descendía, por lo tanto, de familia humilde de libreros y comerciantes, varios de los cuales se dedicaban además a escribir versos. En el soneto *Aconseja a su hermana doña Josefa de Torres que no se dé al estudio de la poesía*, nombra a los

⁹ Los textos autobiográficos narrativos que aparecen citados como ejemplos son tomados del corpus recogido por Guy Mercadier (*Textos autobiográficos de Diego de Torres Villarroel*, Oviedo, Cátedra Feijoo, 1978) y la paginación empleada remite siempre a esta recopilación.

miembros de su familia que, al igual que él, estaban favorecidos por las musas: su hermana Josefa, su padre, su abuelo, una tía (quizás se trate de la hermana de su padre, María) y Villarroel (Joseph de Villarroel, curiosamente puntualizando «que se daba por pariente»)¹⁰.

Mi padre hace sonetos lindamente,
octavas nuestro abuelo las hacía,
y bien poco ha que murió una tía
por hacer seguidillas de repente.

Villarroel (que se daba por pariente),
fue muy favorecido de Talía,
y yo hago tal cual copla, Pepa mía,
por no negar la casta solamente. (VII: 8)

Tanto en la *Vida* como en otros textos autobiográficos las referencias a su familia se centrarán en elogiar su honradez, su dedicación al trabajo, su obediencia a la corona y el respeto a las leyes. Como señala humorísticamente en su biografía, hablando de su ascendencia, «todos hemos sido hombres ruines, pero hombres de bien, y hemos ganado la vida con oficios decentes, limpios de hurtos, petardos y picardías» (1987: 68). Cuando describe a su padre, destaca su condición de castellano viejo, su hidalguía y nobleza, y su lealtad al rey. Sin embargo, se lamenta de la mala situación en la que vive, después de verse obligado a cerrar la librería en su afán por servir a Felipe V en la guerra de sucesión. En muchas de sus obras insistirá Torres en la dependencia económica que, desde entonces, tanto sus padres como sus hermanas adquirieron de su trabajo y ganancias. En un ejemplo de intertextualidad, tratará este asunto en la dedicatoria al rey Felipe V del *Almanaque para 1726* y en una de sus quintillas, *Al marqués de Almarza, enviándole a pedir un cerdo para su padre de una de sus varas*, donde, en tono jocoso y coloquial y con expresiones más propias de la lengua hablada, cuenta la pobreza en que se encuentra su padre, hace un elogio de su honradez y linaje y le suplica al marqués que le envíe como regalo uno de sus cerdos:

¹⁰ Ha sido discutida la relación entre Diego de Torres Villarroel y Joseph de Villarroel. Leopoldo Augusto de Cueto en su *Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, no establece ninguna relación de parentesco entre ellos. Será Guy Mercadier quien defenderá la idea de que Torres era sobrino de Joseph Villarroel (*Joseph de Villarroel et Diego de Torres Villarroel: parenté littéraire et parenté naturelle*). Posteriormente, José Jurado señalaría que «el parentesco familiar no queda probado por Mercadier y, [...], debe tenerse por hipotético» (1975: 139). El verso de este soneto suscita también la duda.

Mi padre, Pedro de Torres, es un castellano de Salamanca, con cuatro dedos de enjundia de cristiano viejo sobre el corazón. Me parece que es hidalgo, porque he visto algunos rollos de papel sellado, que pasta la polilla en sus navetas. ¿Noble? No lo dudo, porque lo tiene bien acreditado en sus operaciones. Sirvió a V. M. en los afanes de la guerra, desde el año de mil setecientos y tres hasta hoy, sin salario, sueldo, paga, socorro, ni otro equivalente (que el servicio pagado pierde la bizarría de ser mérito). (1978: 39)

Ya sabéis que a mi cuidado
solamente viene a estar
el padre, que el ser me ha dado
y le suelo remediar
porque es un pariente honrado.

Pobre está, y si yo lo explico,
es porque me falta el cobre;
y este es el cuento crítico,
porque si yo fuera rico
no fuera mi padre pobre.

[...]

Que es desdicha singular
(de que mil veces me quejo)
que Dios me quisiese dar
un padre cristiano y viejo
y sin poderlo probar. (VII: 289-290)

El mismo tema continúa en los versos de la siguiente composición, *Habiendo correspondido dicho señor a esta súplica, escribió el autor a su padre estas*, donde le comunica a su padre que el marqués accedió a su petición y le pide que le escriba una carta de agradecimiento, pero no en prosa, sino finamente en verso, infiriéndose así la habilidad de don Pedro para escribir coplas:

Yo al marqués con fe amorosa
di gracias: usted no escaso
le escriba, mas no sea prosa,
y aunque sea puerca la glosa,
la suplirá por del caso.

Responda usted con extremos
de versista, y de muy fino,

que, si de aire le cogemos,
es posible que entablemos
para siempre este cochino. (VII: 294-295)

Torres va a dejar constancia de su nacimiento en algunos de sus poemas. Su nacimiento es presentado desde una perspectiva jocosa, desenfadada, enorgullecíendose de sus orígenes humildes, que lo han hecho más fuerte, pudiendo apreciarse aquí una imitación de la novela picaresca. Así lo describe en el soneto *Vida bribona*:

En una cuna pobre fui metido,
entre bayetas burdas mal fajado,
donde salí robusto y bien templado,
y el rústico pellejo muy curtido. (VII: 13-14)

En el poema *Dice lo poco que debe al mundo*, se jacta, en tono burlesco y desafiante, de que no debe nada a nadie (ni al rey ningún oficio, ni herencia o donación a sus parientes) ya que nació en la pobreza y tiene saldadas tanto las honras como las deudas:

No debo al rey garnacha ni obispado,
ni a mis parientes donación ni herencia,
como salí del vientre a la inclemencia,
estoy de honras y deudas redondeado. (VII: 13)

DESPRECIO DE LA FORTUNA

El carácter autobiográfico de la poesía de Torres se refleja también en varias composiciones en las que manifiesta su desprecio hacia las riquezas del mundo y hacia la codicia de algunos, su conformidad con lo poco que tiene, y la persecución de la que es objeto por parte de quienes lo aborrecen y envidian.

Torres repetidamente declara en muchos de sus textos narrativos que no se deja seducir por la fortuna ni le mueve la codicia como a otros, pues él se conforma solamente con tener qué llevarse a la boca y con qué vestirse, y no ambiciona ni los bienes materiales ni las vanidades de este mundo. En la dedicatoria a su *Sacudimiento de mentecatos habidos y por haber*, expresa así su indiferencia ante los vaivenes de la fortuna, personificándola: «A la fortuna no la creo, que es un duende que jamás temí sus gestos, no he conocido tal mujer; pero si la hay, sus vueltas, sus

vaivenes, ni sus antojos jamás tuvieron jurisdicción en el ánimo mío» (1978: 44). Más adelante, en esta misma dedicatoria, se mostrará partidario de la filosofía estoica de Epicteto y en un ejemplo más de intertextualidad y también de metaliteratura, Torres incluirá en el relato narrativo uno de sus sonetos morales:

Si viviera Epicteto, le buscara para darle mil abrazos, porque me dejó en su escuela el estudio de las seguridades. Contemplar en mí me manda en su filosofía, y gozo tanta salud con esta ciencia, que no pasa hora en que no brote alegrías del interior. Cuando yo hacía versos, en ocasión que me quitaron el comer, escribió (por aliviar las porfías de la fortuna) mi conformidad este soneto:

Que me robe lo justo la violencia,
que se explique el coraje vengativo,
y que el odio se enoje, no es motivo
para que yo desprecie mi paciencia.

De la envidia la bárbara influencia
con risa burlo, y con semblante esquivo,
que en no hacer resistencias a lo altivo
funda mi condición la resistencia.

A justos manda Dios, y a pecadores,
que todos coman lo que el rostro suda,
¿y otro glotón me traga mis sudores?

Tiénteme la ambición, la rabia acuda,
que a despreciar codicias y furores
Epicteto me enseña, y Dios me ayuda. (1978: 44-45)

Un asunto relacionado con su falta de ambición y su desinterés por la riqueza, por la honra o por los deseos de aparentar ante los demás, es el de su reticencia a «seguir las pretensiones». Cuando llega a la corte, movido por el hambre y la necesidad, se presenta, en varias ocasiones a distintos cargos públicos. Él mismo nos lo cuenta en sus obras narrativas, como en este fragmento de *Correo del otro mundo*: «Apresóme el hambre, e hice de ella virtud. Y con el ansia de comer, me apliqué a la primera vacante, como el pobre, a quien le casa la justicia con mujer sin dote, [...]. Así yo unas veces pretendía en la medicina, otras en las leyes. Echaba memoriales al cielo, y por su bondad me hallé en la conveniencia de astrólogo» (1978: 33).

Sin embargo, en la mayoría de los textos autobiográficos, incluidos los poemas, reniega de las pretensiones por el esfuerzo en valde que suponen y por los gastos económicos que conllevan: «No soy pretendiente, porque no quiero soltar la honra de mi mano, ni desasirme de la providencia. Si los gastos todos de la vida son pan y paño, los buscaré en mí, no en otros, y sea por el primer camino que me enseñe la fortuna, de modo que si el aura popular que hoy sopla (con provecho mío) a mis papeles se calmase, me pusiera a aguador, que es ciencia que se aprende al primer viaje» (1978: 43). De forma muy parecida se expresará respecto a las pretensiones en varias composiciones poéticas, como en los sonetos *Describe la infelicidad de las pretensiones* y *Dice a un amigo el motivo de no seguir las pretensiones*:

Gasto en membretes, póngome fruncido,
dame una sobarbada el consejero,
viene el procurador por mi puchero,
y luce el escribano mi vestido.

No ha de darme ninguno lo que importe
al patrimonio y pasos excusados;
pues fuera pretensiones, fuera porte. (VII: 12)

Si después que la cátedra consigo
dejo la piel en esta ruin milicia,
bravo chasco se lleva mi codicia,
y miserable presa mi enemigo.

Búrlese de otro el diablo, no conmigo,
que ya está satisfecha mi avaricia
con comer y vestir lo que es justicia,
y mirando al nacer me sobra abrigo. (VII: 6)

ABORRECIMIENTO DEL MUNDO

Torres, al hablar de sí mismo, insiste en el aborrecimiento que el mundo le profesa, la envidia que despierta y las persecuciones y los ataques de que ha sido víctima a lo largo de su vida. En numerosas ocasiones se presenta como un personaje perseguido y condenado injustamente, tanto por los representantes de la ley como por sus oponentes. Contrastando estos textos con su biografía, sí tenía en parte razón a la hora de quejarse de la injusticia cometida contra su persona. Cuando tenía dieciocho años y estaba estudiando en la Universidad de Salamanca, se vio envuelto en una controversia por la que fue condenado a cuatro meses de

cárcel «mientras el Real Consejo se certificaba» de su «inocencia y de la maldita falsedad de los habladores» (1978: 24). Tiempo después, tendría lugar el episodio de su sonado destierro a Portugal, donde pasó más de dos años, simplemente por ser testigo de un lance entre su amigo Salazar y un clérigo, sin tener él culpa alguna y sin que en ningún momento se le prestara declaración para poder defenderse. Por otro lado, la popularidad que consigue al escribir sus famosos calendarios y el pasar a ser conocido únicamente como el *Gran Piscator de Salamanca*, le acarrearán numerosas críticas por parte de sus adversarios y el menosprecio de los más doctos. Todo ello unido a las polémicas de la época en las que participó (la más importante con el médico Martín Martínez), las falsificaciones de sus escritos por libreros e impresores «que continuamente están imprimiendo papeles de otros autores, que les parece que pueden equivocarse con los de don Diego, y para asegurar la venta les ponen el nombre de Torres» (1978: 92), las censuras a sus almanaques o las desavenencias con la Universidad de Salamanca, le llevan a mostrarse en muchos de sus escritos, aunque teñidos por su característico sarcasmo, como un personaje ultrajado y aborrecido por la sociedad. Esta es la visión que da de sí mismo en *Los Sopones de Salamanca*: «Yo sufro enemigos de tan destemplada ojeriza, que me aborrecen sin haberme tratado, y algunos no me han visto la figura, que son contrarios por poderes, y émulos por imitación» (1978: 76). Y esta otra en *Soplo a la Justicia*: «a cualquiera lugar donde vuelva los ojos, no encuentro sino es quien me maldiga, me empuje y me ultraje» (1978: 105). Muy similares son sus descripciones en verso:

Estoy de medio mundo aborrecido,
y de la otra mitad me dudo amado,
de todo entero vivo separado,
y estoy solo conmigo distraído. (VII: 40)

Yo mismo soy de mí mismo
mi más inocente crimen,
pues con el blanco del nombre
provoco a que me fulminen. (VII: 193)

SU OFICIO DE ASTRÓLOGO

Su oficio de astrólogo será una parte importante de la vida extratextual que pasará a su poesía. Las alusiones a sus «calendarios», «pronósticos», «almanaques»

y, en definitiva, a su oficio de astrólogo van a aparecer continuamente dispersas por sus poemas, junto con todo tipo de elementos astrológicos, como el sol, la luna, las esferas, las estrellas, las calendas o los signos zodiacales (González Verdasco, 2022). De todos sus escritos, son los calendarios los que le van a reportar más fama y más beneficios económicos, aunque también son los que van a despertar la envidia y las críticas de sus adversarios. En uno de sus textos autobiográficos reaccionará ante los que le reprochan su fama de «pronostiquero»: «si yo tan pronto escribo verso como prosa, medicina como teología, física como ética, ¿por qué me han de tener por puro pronosticador? Un desventurado almanaque que levanto, como testimonio, todos los años es el que mete toda esta bulla» (1978: 90). La actitud de Torres ante quienes lo tachan de mero adivinador, gitano y estrafalario, será siempre la de autodefenderse, elogiando para ello su oficio y atacando a sus enemigos con su irónica e ingeniosa pluma: «Dícenme que has dicho (sea por afear mi ingenio o persuadir tu inteligencia) que lo que hace Torres, cualquiera lo puede hacer. Borríco, hazlo tú, y encontrarás fama, dinero y libertad, que es el chilindrón legítimo de las felicidades» (1978: 107). Son muchos los poemas en los que encontramos a Torres jactándose de su fama como «gran Piscator» y del dinero que obtiene con la venta de sus almanaques, como en estos versos del *Juicio para quien no lo tenga*, en los que expresa su desdén hacia los lectores descontentos:

Si te gustó, amigos somos,
aunque poco me hará al caso
estar de ti mal contento,
como yo esté bien pagado. (VIII: 271)

En las *Visiones*, describe cómo se inició en la ciencia astrológica mientras se hallaba en la corte, pasando hambre y calamidades y cómo, a partir entonces, su vida cambió, al crecer en fama y popularidad: «me socorrió la memoria con mostrarme unos retazos astrológicos que [...] había guardado en los primeros años de mi juventud [...] Y firme en este propósito, me acabé de arropar en la tienda astronómica, y salí en estatua con mis adivinaciones por esas calles, gritado de ciegos y perdularios» (1978: 55). Igualmente, de las ganancias obtenidas desde que se le ocurrió empezar a escribir almanaques, se enorgullece en una de sus *Quintillas a varios asuntos*, donde compara lo que ahora gana con las estrecheces que antes sufría:

Yo allá en una escuela estaba
y una cátedra os servía,

pero tan mal lo pasaba
que, aunque a muchos presidía,
ninguno me sustentaba.

Allí pasaron revista
mis materias badulaques
y por salir de sopista
me puse a hacer almanaques,
¡qué dinero a letra vista! (VII: 278)

En el tomo VIII de sus *Juguete de Talía* se haya incluido uno de sus pronósticos burlescos (Pronóstico de lo pretérito, anticipación de lo presente y regreso de lo futuro) y un almanaque (Armazón contra los pronósticos en ristre). Se trata de dos composiciones en versos romanceados que constituyen un prodigio de riqueza expresiva y de comicidad. Los títulos son ya de por sí bastante reveladores, ya que por la ironía empleada deducimos que se va a tratar de un almanaque contra los almanaques, de un pronóstico contra los pronósticos. Las predicciones de Torres no son más que ingeniosos chistes basados en el juego disémico y en el vaticinio de evidencias, recursos que le servirán para ridiculizar la supuesta ciencia de la astrología. Así se puede observar en la siguiente descripción que hace de sí mismo:

Astrólogo que distingue
de la plebe a la nobleza,
con que doctamente logra
saber de una y otra esfera:
Cuando se ofrece a los signos
los hace entrar en docena
y cada vez que los glosan
sabe de qué pie cojean. (VIII: 238-239)

SU SONADO DESTIERRO

El destierro es uno de los asuntos de su vida al que Torres le va a dedicar más páginas tanto en su poesía como en el resto de su producción, constituyendo un buen ejemplo del importante papel que la intertextualidad desempeña en su obra y de cómo un mismo asunto autobiográfico es relatado repetidamente en diferentes tipos de textos y géneros literarios. En el tomo VII de sus *Juguete de Talía* aparece tratado en dos de los *Sonetos morales*, en dos *Sonetos amorosos*, en uno de los *Romances en estilo aldeano*, en el romance *En día de cumpleaños de la señora doña*

Joaquina Morales (149-155), en el poema *Escribe desde Portugal a una señora cuyos títulos se expresan en el romance, refiriéndole algunos trabajos y le suplica sus piedades* (192-204), en la *Tonadilla que remite estando desterrado a una señora* (245-250) y en los dos romances en forma de carta: *Carta escrita desde El Cubo de don Sancho a don Baltasar* (175-184) y *Escribe a su amigo don Juan de Salazar desde El Cubo, estando desterrado* (184-191). En el tomo VIII, el tema del destierro es abordado en el romance *Escribió desde el destierro, en nombre de pastor, a una señora, en días de sus años, estas endechas* (170-175) y en la *Respuesta a otro romance, en que escribió a Madrid mi señora marquesa de Castrillo* (176-180).

Don Diego fue desterrado a Portugal por real decreto de 29 de mayo de 1732 y allí vivirá hasta noviembre de 1734. La causa del destierro, considerada por él siempre como injusta, la relatará así en la *Vida*:

En estos papeles, en la representación que los ministros hicieron a su real majestad y en la confesión de don Juan, consta solamente que, provocado este caballero de las injurias de un clérigo poco detenido, se dejó coger de las insolencias de la cólera, y, abochornado de sus azufres, tiró de la espada y abrió con ella en los cascos del provocante un par de roturas de mediana magnitud. (148-149)

También en la *Vida*, una vez en libertad, declarará a favor de su inocencia:

Lo que yo aseguro, ahora que estoy libre, y por la misericordia de Dios perdonado de las sospechas en que impusieron al ánimo piadoso del rey, es que no consentí la menor tentación ni tuve la más leve culpa en orden a las estocadas del clérigo. (1987: 149)

El tema del destierro aparece además en otros géneros, como, por ejemplo, en los almanaques. En el almanaque de 1734, *Los Sopones de Salamanca*, encontramos la descripción que da Torres de este episodio, exculpándose de los cargos que se presentaron contra él y señalando que él simplemente fue testigo de la escena: «Mi delito [...] es que me encontró casualmente mi desventura siendo testigo de dos leves rasguños que hizo un caballero, disculpablemente pronto, en la cabeza de un clérigo destemplado; porque consta por la declaración jurídica del agresor que yo sólo acudí a detenerle el brazo con el que gobernaba la espada» (1978: 75-76).

En cuanto al tratamiento de este asunto en su poesía, será similar al que se le da en el resto de su obra. El verse implicado sin culpa alguna en un lance insignificante, el ser injustamente acusado, y el estar lejos de su mundo y de los suyos, le llevará, en la mayor parte de los poemas en los que trata del destierro, a dar una acre visión del episodio, aunque no por ello exenta de sus burlas y chanzas.

Son muchos los versos en los que don Diego se lamenta de la injusticia cometida contra él, insiste en defender su inocencia y denuncia la falta de oídos del mundo ante sus súplicas, sobre todo, la indiferencia del rey Felipe V, al que hará objeto de su dura crítica, como se refleja en las siguientes estrofas del romance en forma de carta *Escribe desde Portugal a una señora, cuyos títulos se expresan en el romance, refiriéndole algunos trabajos, y le suplica sus piedades*:

Rayos de un rey (falazmente)
quiere el odio que me vibren,
pero en tan mísero blanco
aún el acierto no es timbre.
¿De cuándo acá los despojos
han precedido a las lides?
¿glorias de tantos Borbones
reducidas a un Felipe? (VII: 193)

Tonadilla que remite estando desterrado a una señora es otro de los poemas escritos desde el destierro. Las ideas expresadas en él son más o menos las mismas que hemos visto hasta ahora: lo injusto de su situación; el poco resultado que obtienen sus súplicas, pues nadie parece querer oír las razones que aduce en favor de su defensa, al contrario de lo que ocurre con las calumnias de sus enemigos, que siempre son escuchadas; y la intención de apelar a quien haga falta, con tal de que se imponga la justicia, incluso, en un alarde de egocentrismo, ingeniosamente anunciará:

Y si unos ni otros
oyeren mis gritos,
pediré justicia
a mí de mí mismo. (VII: 250)

En el romance titulado *En día de cumpleaños de la señora doña Joaquina Morales, remitió desde Portugal este*, después de una introducción en la que felicita a la

destinataria de la carta, pasará a exhibir una vez más un auténtico despliegue de autobiografismo. Con un lenguaje cargado de expresividad y de humor, gracias sobre todo al abundante uso de la dilogía, relatará la serie de desgracias que padece en Portugal. El afán de «contarse» le llevará a la repetición del pronombre personal «yo» al principio de cinco estrofas consecutivas, en las que nostálgica y cómicamente hará un recuento de las fortunas que gozaba antes del destierro (véase en estos versos la disemia producida por el término «sonado»):

Yo, que un tiempo hice más ruido
que la trompa de París,
y fui también más *sonado*
que acatarrada nariz. (VII: 152)

De nuevo, en otro de sus romances, *Escribe desde Portugal a una señora cuyos títulos se expresan en el romance, refiriéndole algunos trabajos y le suplica sus piedades*, el pronombre personal de primera persona servirá para introducir una gran parte de las estrofas del poema (veintidós en total) en las que expresará su añoranza por los bienes pasados. Aunque algunos versos son francamente emotivos, la mayoría están dedicados a autoelogiarse, a ensalzar su popularidad, su gracia, su «dócil numen», su alegría, la feliz acogida que le dispensaban en todo tipo de «festines», su fama como «piscator», etc.

Torres relata en la mayor parte de los poemas sobre el destierro las innumerables desgracias que padece, las miserias que lo afligen, la pobreza en la que vive y el mal trato que allí recibe. Por ejemplo, en dos de sus *Sonetos amorosos* (*Escribe los ejercicios que tiene en la aldea a Filis en tiempo de su destierro* y *A mi señora doña Manuela de Guadalfajara, habiéndole tocado por suerte este año*), el destierro aparece relacionado con el tema amoroso y es presentado como una «bajeza», una «injuria vil»:

Por ti vivo y padezco tal *bajeza*
y en ella hallara mi seguro gozo
si pudiera olvidar a tu belleza. (VII: 58)

Hemos dejado para el final dos romances en forma de carta, que difieren en cuanto al contenido se refiere de los anteriores poemas (la visión del destierro es en ellos alegre y festiva) y dudosos desde el punto de vista biográfico: *Carta escrita*

desde *El Cubo de Don Sancho a D. Baltasar de Herrera, beneficiado de dicho lugar, dándole aviso de las novedades de la aldea* (VII: 175-184) y *Escribe a su amigo don Juan de Salazar desde El Cubo, estando desterrado* (VII: 184-191). Son dos romances epistolares en los que Torres dice estar «desterrado». En el segundo de ellos, lo indicará en el propio título y en el primero, en una de las cuartetas:

De este modo *mi destierro*
paso, hasta que el tiempo quiera
quitarle aquesta carcoma,
a tu corral y despensa. (VII: 176)

Sin embargo, el lugar del supuesto destierro es «El Cubo» o «El Cubo de Don Sancho» y no se encuentra en Portugal ningún pueblo con ese nombre. «El Cubo de Don Sancho» es una localidad a unos treinta kilómetros de Salamanca, en la comarca de Vitigudino. Será el propio Torres el que ofrece en el poema, de forma indirecta, algunos datos que hacen sospechar que quizás no estaba cumpliendo su destierro en Portugal, sino en una aldea de Salamanca. Así en la carta a D. Baltasar de Herrera, se despedirá de él con estas palabras:

Dios te guarde, y brevemente
a mi vista des la vuelta,
del *Cubo*, esto es para ti,
para los demás *Almeida*. (VII: 183)

Almeida es una villa de Portugal, perteneciente al distrito de Guarda, no lejos de Salamanca y próxima a la aldea de El Cubo de Don Sancho. Si quería fingir estar desterrado en Portugal, la elección de dos pueblos similares y cercanos geográficamente, le resultaría muy conveniente. Además, en esta misma composición, aludirá a ciudades españolas cercanas a Salamanca y las situará como próximas al lugar en que se encuentra, como, por ejemplo, Ledesma y Ciudad Rodrigo:

En el corral de concejo
la burra estaba de Elena,
rompió a coces el cañizo,
y se presentó en *Ledesma*. (VII: 178)

Por otra parte, en el otro romance, *Escribe a su amigo don Juan de Salazar desde El Cubo, estando desterrado*, escribirá Torres:

*Aquí estoy entre dos luces,
ni bien patente ni oculto,
con mi esclavitud al trote
y con la esperanza al husmo. (VII: 186)*

Se trata de unos versos muy reveladores del estado de su situación que nos llevan a pensar que Torres, durante algún tiempo, fingió su destierro. No se hallaba, al escribir estos romances, en Portugal, sino medio oculto en una aldea española, El Cubo de Don Sancho, tal vez en casa de su amigo D. Baltasar de Herrera, esperando a que se hiciera justicia.

SUS VIAJES

Entre las experiencias vividas relatadas por Torres en los Juguetes de Talía están sus viajes, recogidos principalmente en dos de sus liras — *Escribe a una dama desde un convento de capuchinos, donde se recogió a enjugar de una gran lluvia y aire que le cogió en el camino: iba en una mula del coche de la excelentísima señora condesa de los Arcos* (VII: 214-217) y *Retirándose a una comunidad de gallegos por ocho días a confesarse, escribió a su amigo D. Gabriel Gilberto Cavaleri estas* (VII: 223-228) — y, sobre todo, en dos de sus largos romances: *Da cuenta a la señora marquesa de Almarza del viaje que hizo a Arnedillo con el marqués* (VIII: 138-150) y *Peregrinación al glorioso apóstol Santiago de Galicia* (VIII: 194-231). En estas dos últimas composiciones, destaca la precisión en los datos del itinerario, extrapolables a la realidad geográfica, y la descripción detallada de personas, lugares o hechos, que se presentan como conocidos y que, junto a su forma epistolar, acentúan su índole autobiográfica.

El viaje que hizo a Arnedillo se inicia con la relación de las personas que lo acompañaban: el marqués de Almarza, Mateo y Fray Pedro. Cada uno es caracterizado con diferentes rasgos cómicos, basados en los juegos de palabras y los dobles sentidos, empezando por el marqués y terminando, como siempre, por sí mismo:

*Venía el señor marqués
entre gustoso y violento,*

con lo agradable del rostro
desmintiéndonos lo enfermo.

Venía aquel traga aldabas,
fraile, tan solo por serlo,
pensando solo en comer,
porque nunca piensa en menos.
[...]

Muy sorbido de mofletes
venía también *Mateo*,
más lleno de baratijas
que la tienda de un buhonero.

Y *Torres* también venía,
que ya sabéis soy yo mismo,
sin tener cosa de juicio,
más de mil juicios hacienda. (VIII: 140-141)

Continúa después con el itinerario de los lugares concretos por los que pasa, tanto a la ida como a la vuelta: «Alcalá» (Alcalá de Henares); «Eras» (Heras, pueblo cercano a Guadalajara); «Mira el río» (Miralrío); «Rebollosa» (Rebollosa de Jadraque, cerca de Sigüenza); «Barahona» (a unos 30 kilómetros de Almazán); «Almazán» y a partir de aquí no vuelve a nombrar ningún pueblo hasta «Arnedo» (en La Rioja, próximo a Logroño); «Río frío» (Riofrío, en la provincia de Ávila) y «Leganés» (en Madrid). Este es un viaje, como lo llama Torres, «aventurero», con visos de endemoniado o de hechizado, pues comienza ya con dos malos presagios («Al primer paso, señora, / el coche, mal agorero, / un tornillo nos quebranta»); sigue con la presentación de «Barahona» como lugar maldito, en el que a todos les sobrecoge el miedo («aquí nos sentimos todos, ya sin sangre») y de «Almazán», donde se desmayan ante el espanto que les produce ver «un alma que salió del purgatorio de Arnedo», antes de descubrir que tan solo se trataba de un «miserable esqueleto»; para terminar con la relación del viaje de vuelta, donde paran en «Río frío» («infernado, maldito pueblo / donde para sus lagunas / saca el demonio sus hielos»). Desde Riofrío viajan directamente hasta Alcalá, donde se despide de los marqueses, y de allí a Leganés, concluyendo el romance cuando ya se encuentra en su cuarto «libre y gustoso escribiendo».

La *Peregrinación al glorioso apóstol Santiago de Galicia* es la relación del viaje que realiza como peregrino en el verano de 1737, con la intención de cumplir un voto que había hecho estando desterrado:

[...] cuando expulso de mi patria,
para que no entrase en ella
tocaron a cierta España:
[...]
Voto a Dios hice, y a toda
su celestial corte santa
de ir al patrón de Galicia
a correr las caravanas. (VIII: 201)

El romance va precedido de una dedicatoria a «Don Fray Agustín de Eura, obispo de Orense» (VIII: 194-195), y de un prólogo al lector, «Crítica, prólogo o lo que le mandaren» (196-199). Según se excusa en la dedicatoria, aunque pinta en Galicia «algunas circunstancias naturales del país», el romance «se dirige a una diversión jocosa, que solicita el acierto del halago sin el blanco de la ofensa». El prólogo al lector consistirá en una graciosa autocrítica del romance, porque Torres, según dice, prefiere censurarse a sí mismo antes que lo hagan los demás: «para censurarme a mí y a mis obras, ninguno sabe tanto como yo». Así, sacará a la luz los defectos más particulares de su obra, con un lenguaje basado en todo tipo de recursos estilísticos: «este viaje que escribo está cojo, zurdo, calvo, potroso, corcovado y tuerto; con que entro con mal pie, peor mano, chino, quebrado, a bulto y de mal ojo [...]».

Torres relatará este viaje en la *Vida*, pero solo a grandes rasgos: referirá quiénes lo acompañaban; la popularidad de la que gozaba entre las gentes por dondequiera que iba, incluso salían a los caminos para verle pasar; la fama que consiguió practicando la medicina por los pueblos; o el tiempo que se «detuvo» en este viaje, cinco meses. También en la *Vida* remitirá, para más detalles, a este romance y a su *Extracto de pronósticos*, en un nuevo ejemplo de las relaciones intertextuales y metaliterarias que se pueden establecer en su obra: «Este viaje lo tengo escrito en un romance que se hallará en el segundo tomo de mis poesías, y en el *Extracto de pronósticos*, en el del año de 1738, en donde están con más individualidad referidas las jornadas» (1987: 167-168).

El romance propiamente dicho, definido por G. Mercadier como «sarta larguísima de retuécanos burlescos» (1987: 167), empieza con una especie de introducción en la que Torres induce al lector a leer lo que él llama «carta de mi viaje», en la que expone los motivos por los que decide emprender el viaje y en donde cuenta las diligencias y preparativos anteriores a la partida. A continuación, pasa ya a relatar el inicio de la caminata, que tendrá lugar específicamente en el momento en que Torres «toma las de Villadiego», empleando para ello dos versos cargados de dobles sentidos:

[...] tomé las que por mi nombre
de Villa-Diego se llaman. (VIII, 203)

Esta expresión la empleará más veces en su poesía, aludiendo, como aquí, al inicio de un viaje y aparecerá también en una de sus obras en prosa, en el *Viaje fantástico*, pero en este último caso, sólo como simple frase hecha (Martínez Mata, 1990: 103). En el romance se convierte en un prodigio de expresividad. Por un lado, tenemos el significado recto de la frase hecha («tomar las de Villadiego»: ausentarse impensadamente o hacer fuga), por otro lado, la creación de una dilogía, con dos nuevos significados connotativos: «tomar las de Villa-Diego» (empezar a caminar en dirección a Calzada de Don Diego, pueblo situado a 20 km. de Salamanca y hacia Ciudad Rodrigo, marcando el inicio de su ruta hacia Santiago) y «tomar *las que por mi nombre de Villa-Diego se llaman*». Al modificar la frase hecha con la inclusión del sintagma «las que por mi nombre» y al partir la palabra «Villadiego» con el uso del guion, se entabla un juego de dobles sentidos, con el que Torres sugiere humorísticamente y, también egocéntricamente, que la expresión «tomar las de Villadiego» ha sido creada en honor a su nombre (Diego) y debido a que él a menudo se ha dado a la fuga.

Retomando el romance, después de iniciado el viaje, dice Torres que se le «juntan tres leales camaradas», dato que contrasta con el que, a este respecto, nos da en la *Vida*: «Acompañábame don Agustín de Herrera, un amigo muy conforme a mi genio... Detrás de nosotros seguían cuatro criados, con cuatro caballos del diestro y un macho donde venían los repuestos de la cama y la comida» (1987: 166).

De igual forma que en los demás textos autobiográficos narrativos, relata en el poema el itinerario del viaje: Calzada de Villa Diego – Ciudad Rodrigo – Fuerte de la Concepción – Piñel – Trancoso – Ponte de Abad – Lamego – Braga – Valencia

– Tui – Santiago. Además, tanto en el romance como en la *Vida* se detendrá a alardear de su fama como astrólogo y de la popularidad de la que gozaban sus almanaques entre las gentes de los pueblos, que de todas partes salían a verle y que le agasajaban con todo tipo de preguntas «raras, necias e increíbles», burlándose así de la credulidad y de la ignorancia de los que creían en estos pronósticos:

Convocábanse en los lugares del paso y la detención, las mujeres, los niños y los hombres a ver el «Piscator», y, como a oráculo, acudían llenos de fe y de ignorancia a solicitar las respuestas de sus dudas [...] y finalmente todos y todas a ver cómo son los hombres que hacen los pronósticos. (1987: 167)

Para ver mi carantoña
mangas había avanzadas
en los caminos, que nunca
fueron más perdidas mangas:
Deseaban ver a Torres,
presumiendo su ignorancia,
que era la Torre de Faro,
o a lo menos la Giralda. (VIII, 226)

A MODO DE CONCLUSIÓN

En el panorama poético de la primera mitad del siglo XVIII, no sería Torres el único poeta que saldría a la palestra para contar su vida en verso —Gonzalo Enríquez de Arana y Puerto (1661 – 1738), por ejemplo, fue autor de una poesía de marcado carácter autobiográfico—, ni el único que emplearía la técnica del monólogo dramático —José Gerardo de Hervás y Cobo de la Torre, «Jorge Pitillas» (f. s. XVIII –1742), recreaba una supuesta «conversación» con un destinatario al que llamaba «Lelio» en su *Sátira I contra los malos escritores de este siglo* (1742)—, ni el único que describiría lo cotidiano o que redactaría sus poemas en forma de carta —José Joaquín Benegasi y Luján (1707-1770) trataba en algunos de sus versos asuntos triviales como el tiempo que hacía o si había goteras en su casa, y Juan Vélez de León (1655 – 1736) escribiría numerosas epístolas, como *Carta escrita a un amigo* (Urrea Ríos, 2016: 541), o *A los años de la excelentísima señora duquesa de Cardona* (2016: 576).

Lo que hace único a Torres es su insistencia en contarse, la riqueza léxica, el tono desenfadado, coloquial, popular. Su inconfundible lenguaje está cargado de

expresividad, de humor, de ironía y sus poemas son un reflejo de su vida y de su persona.

Por la poesía de Torres desfilarán todo tipo de asuntos sacados de su biografía, como la muerte de su caballo, el destierro a Portugal, el viaje que hizo a Arnedillo con el marqués de Almarza o el dinero obtenido con la venta de sus almanaques, y de la misma manera, desde su experiencia personal, reflejará su satírica visión de la sociedad y de las costumbres de la época que le tocó vivir.

Es en esos trozos de vida y de personaje y en su característica forma de expresión donde Torres se revela como un poeta que ha sabido crear un estilo personal. Es aquí donde creemos que radica su originalidad y su genialidad

OBRAS CITADAS

- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín, «Reunirse y conversar: las tertulias del siglo XVIII», *Ínsula*, 738, 2008, págs. 7-8.
- DURÁN LÓPEZ, Fernando, *Vidas de sabios: el nacimiento de la autobiografía moderna en España (1733-1848)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas / Instituto de la Lengua Española, 2005.
- BENEGASI Y LUJÁN, José Joaquín, *Poesías líricas y jocosas*, Madrid, Joseph González, 1743.
- ENRÍQUEZ DE ARANA Y PUERTO, Gonzalo, primera parte de *El Cisne Andaluz* (ms.).
- HERVÁS Y COBO DE LA TORRE, José Gerardo («Jorge Pitillas»), «Sátira contra los malos escritores de este siglo», en *Diario de los Literatos Españoles*, t. VII, 1742.
- GONZÁLEZ VERDASCO, Renata, «La astrología como aspecto temático y estilístico en los *Juguetes de Talía* de Torres Villarroel», *Torres Villarroel y los almanques: literatura, astrología y sociedad en el siglo XVIII*, Madrid, Visor, 2022, págs. 115-132.
- JURADO, José, «Dos sonetos espirituales de José de Villarroel. Imitaciones del *No me mueve, mi Dios*», *Bulletin Hispanique*, 77, 1975, págs. 125-139.
- LANGBAUM, Robert, *The Poetry of Experience. The dramatic Monologue in Modern Literary Tradition*. [Disponible en: <https://archive.org>].
- LEJEUNE, Philippe, *Le pacte autobiographique*, Paris, Seuil, 1975.
- MARTÍNEZ MATA, Emilio, *Los «Sueños» de Diego de Torres Villarroel*, Salamanca, Universidad de Salamanca / Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 1990.
- MERCADIER, Guy, «Joseph de Villarroel et Diego de Torres Villarroel: parenté littéraire et parenté naturelle», en *Mélanges à la mémoire de Jean Sarrailh*, Paris, 1966, vol. 2, págs. 147-175.
- , «Diego de Torres Villarroel, animateur d'une joute poétique. Présentation d'un autographe inédit», en *Hommage à André Joucla-Ruau*, Aix-en-Provence, Universidad, 1974, págs. 138-145.
- , *Textos autobiográficos de Diego de Torres Villarroel*, Oviedo, Cátedra Feijoo, 1978 [Disponible en www.uniovi.es/.IFESXVIII].
- , *Diego de Torres Villarroel. Masques et miroirs*, Paris, Editions Hispaniques, 1981.

- , «Diego de Torres Villarroel, 1694-1770: Une autobiographie permanente» en *Individualisme et autobiographie en Occident*, Bruxelles, Éditions de l'Université de Bruxelles, 1983, págs. 127-141. [Disponible en www.cervantesvirtual.com].
- , ed., Diego de Torres Villarroel, *Vida*, Madrid, Clásicos Castalia, 1987.
- PÉREZ LÓPEZ, Manuel María, ed., Diego de Torres Villarroel, *Vida*, Salamanca, Fundación Salamanca Ciudad de Cultura y Manuel María Pérez López, 2005.
- SÁNCHEZ JIMÉNEZ, Antonio, «La musa casera: poesía de circunstancias y estética bajo barroca en el *Ramillete poético de las discretas flores* (1706) de José Tafalla Negrete», *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*, 25, 2015, págs. 219-235.
- TORRES VILLARROEL, Diego de, *Libros en que están relatados diferentes cuadernos físicos, médicos, astrológicos, poéticos, morales y místicos, que años pasados dio al público en producciones pequeñas el Dr. D. Diego de Torres Villarroel*, vols. 7 y 8, *Juguetes de Talía, entretenimientos del Numen*, Madrid, Imprenta de la Viuda de Ibarra, 1795.
- URRA RÍOS, Óscar, *Vida y obra de Juan Vélez de León*, Madrid, 2016.